

orientada, de cal y canto, revestida por una capa de mezcla de cal, arena y almagre: tres escaleras llevan á la plataforma, la principal al O. y dos laterales al N. y al S. Sobre el segundo cuerpo fueron empotradas losas, dejando una cabeza saliente, formando cuatro hileras regulares de cinco en cinco. Dupaix opina tenían el objeto "de sostener teas encendidas, ó cabezas humanas de los sacrificios;" parécenos colegido por el número 20 de las losas en cada compartimiento, igual al de los días del mes, que más bien se trata de perpetuar alguna cuenta del calendario como en la pirámide de Papantla, cosa que podía ponerse en claro sabiendo el total de losas en todas las caras. (1) Allí mismo hay otro teocalli de forma semejante á un casco esférico, sosteniendo un segundo cuerpo paralelepípedo; la escalera principal mira al Oriente, y la acompañan dos laterales al N. y al S. Los materiales son idénticos á los del anterior, observando Dupaix que—"El aspecto que presenta el segundo alto es digno de nuestra admiración; vemos dos frisos paralelos con sus molduras cuadradas, las que encierran unas losas grandes de mármol blanco escuadradas, enriquecidos de geroglíficos en relieves, pero ya muy deteriorados." Si los dibujos al pié de la estampa son copia de aquellos geroglíficos, sin temor de equivocarnos, se puede asegurar, que fuera de los puntos, que pueden ser anotaciones numéricas, los signos son diversos de los mexicanos, tzapotecas y palencanos, y corresponden á los de Xochicalco. Parécenos también, que este teocalli es correlativo y complementario del anterior, estando destinados ambos á perpetuar el conocimiento del calendario usado por el pueblo constructor. Una tercera pirámide es de forma cónica, con ocho pisos, y por último, hay una cuarta construcción asumiendo la forma de un trozo de cilindro. (2)

Las ruinas de Mictlan están situadas en un país desolado y árido, 10 leguas al S. E. de Oaxaca, camino para Tehuantepec. Mictlan, en mexicano, contracción de *miclantli*, significa infierno y también mansión de los muertos; la palabra tzapoteca que le corresponde es Yoopaa, que quiere decir *tierra de sepulcros*. Según consta por las mejores autoridades, en aquel lugar se con-

(1) Tercera exped. Lám. III, núm. 6.

(2) Loco cit. Lám. V, núm. 8 y 9.

servaban los restos de los principales tzapotecos; los soberanos de aquel país, en ciertos tiempos prescritos por la religión ó á la muerte de alguno de sus próximos parientes, se retiraban á este lugar para entregarse á prácticas devotas y desahogar el dolor que les atormentaba: una Orden de sacerdotes estaba encargada de los fúnebres aposentos, teniendo en ellos constante morada. Los palacios de Mictlan merecen este nombre en la parte que tienen de habitaciones; en general son más bien templos, bajo un tipo absolutamente diverso al de los teocalli. La construcción de las paredes consta de un núcleo de tierra, al cual están pegadas pequeñas piedras cuadradas en forma de mosaico, llevando esculpidos adornos complicados y primorosos, en labores llamadas por los arquitectos grecas, meandros, laberintos y arabescos. Estas decoraciones de líneas armónicas y correctas se parecen á las usadas en la Gran Grecia y entre los romanos, aunque, como observa Humboldt, "semejantes analogías nada prueban acerca de antiguas comunicaciones de los pueblos, pues en todas las zonas el hombre ha producido una repetición rítmica de las mismas formas, repetición constitutiva de lo que vagamente llamamos grecas, meandros y arabescos." Llama la atención que en los grandes salones de los templos, quedan todavía enhiestas columnas de pórfido monolíticas, sin basa ni capitel, redondeadas en la parte superior, destinadas á sostener la techumbre. "Las columnas, dice el repetido Humboldt, anuncian la infancia del arte, y son las únicas que se hayan encontrado hasta ahora en América." Verdad era ésta en los tiempos del sabio barón; ahora las columnas han sido vistas en otros monumentos.

Refiere la historia que Ahuitzotl, antecesor de Montecuhzoma II, se apoderó dos veces de Mictlan; los sacerdotes de Yoopaa quedaron muertos en la batalla ó fueron conducidos á México para ser sacrificados en las aras de Huitzilopochtli; el *huiyato* ó pontífice desapareció con toda su familia, y los guerreros vencedores quemaron y destruyeron los santuarios, según costumbre. De entonces data la ruina de templos y palacios, después no reparados completamente por los tzapotecos. La destrucción, pues, corresponde á los tiempos históricos, y hé aquí la razón de no conceder á aquellos monumentos una gran antigüedad.

Sin embargo, nos ocurren algunas reflexiones contra menasje-

te conclusion. El templo cerrado, sin más luz que la recibida por las puertas formadas sobre pilastras macizas de piedra, parece ser un reflejo de las construcciones palencanas, confirmando la semejanza el terrado que sostiene el templo y las escaleras que lo franquean. Las excavaciones subterráneas recuerdan á Xochicalco, y la forma cruciforme de aquellas criptas no pertenece en lo absoluto á la civilizacion azteca. La columna monolítica es propia del Zape de la Quemada, de algunos lugares en Veracruz, y aquí viene á tener su mayor desarrollo. Falta el teocalli, y subsiste el túmulo en su mayor perfeccion. Todo ello nos hace congeturar que, como aconteció en Teotihuacan y en Cholollan, en Yoopaa existió un venerado santuario de los tiempos prehistóricos, del cual se apoderaron los tzapotecas al establecerse en la comarca, lo apropiaron á su culto dejando tal vez los antiguos dioses, reparando y embelleciendo las obras sin alterar el plan primitivo (1).

Procedente de Oaxaca hemos visto un objeto curioso. Es una costilla fósil de elefante; en el un extremo está bien esculpida la cabeza, al parecer de una víbora, si bien hacen dudar las dos grandes orejas que la acompañan, y las dos manos terminadas en cuatro dedos, insertas inmediatamente sobre el cuello: el extremo opuesto lleva labores formando la cola del animal. La parte exterior convexa, esta dividida simétricamente por ranuras verticales, dejando salientes redondos, miéntras en el interior las incisiones son planas y en menor número. El fósil es antiquísimo; la obra moderna, y correspondiente á los tzapotecas históricos. Segun las señales de fricción allí observadas, sirvió á no dudarle de instrumento músico, raspando con palo ó hueso sobre el saliente de las ranuras, á la manera practicada todavía hoy por los negros. La clasificacion del reptil nos parece difícil, y no resolvemos decir sea del todo mítico ó fantástico. Alzate (2) menciona la culebra bimana traída de Tancítaro, remitida por él al conde Buffon, y colocada por éste como intermedio entre la

(1) Murguía, Bol. de la Soc. de Geogr., tom. VII, pág. 170.—Mendieta, Hist. ecles. pág. 395.—Burgoa, Descripcion geográfica, tom. II, pág. 259.—Humboldt, Vues des Cordillères, tom. II, pág. 278. Essai politique, pág. 263.—Dupaix, segunda expedicion.—La Ilustracion mexicana, tom. II, pag. 493, &c., &c., &c.

(2) Gaceta de literatura de 21 de Setiembre de 1790. Núm. 2, pág. 18.

culebra y la lagartija: hemos visto ejemplares de la misma especie hallados en el Estado de Puebla, conservados en una botica de la ciudad: no sería extraño que vista por los tzapotecas aquella rareza, la quisieran perpetuar en su escultura. La culebra bimana, sin embargo, carece de orejas tan pronunciadas. Otra notable particularidad es, que la espina dorsal y las costillas van señaladas cual si el animal estuviera despojado de piel y de carne para enseñar el esqueleto desnudo: en el Museo nacional existen un coyote y una víbora en piedra; aquel con los remos cual si fuera vivo y el cuerpo descarnado; ésta con los huesos desnudos de la espina, siguiendo ambos el mismo pensamiento. No alcanzamos la significacion de ello. Vimos tambien otro ejemplar idéntico, quebrado por el medio en costilla fósil de elefante, los dos en la coleccion del Sr. Chavero.

Vamos á terminar lo relativo á esta region central, dando algunas noticias acerca de la pipa. Lubbock (1), refiriéndose á los E. U., asienta:—"Las pipas son tal vez las muestras más características de la antigua cerámica americana. Algunas constan de sólo la chimenea, semejantes á las pipas comunes, de las cuales difieren en carecer del tubo; aparentemente se aplicaban los labios directamente á la chimenea. Otras hay muy adornadas, y muchas representan monstruos ó animales como el castor, la nutria, el gato salvaje, el ciervo, el oso, el lobo, la pantera, el raton, el opossum, la ardilla, la morsa, el águila, la lechuza, el cuervo, la golondrina, el perico, la zorra, el gallo salvaje y muchos otros. Lo más interesante es la copia de la morsa, de la cual se han encontrado siete en los terraplenes del Ohio, y no son esculturas groseras acerca de las cuales pueda caber fácil engaño, "la cabeza truncada, el hocico grueso semicircular, las narices singulares, el labio superior saliente y arrugado, los piés ó aletas propias, los bigotes notables, todo está claramente indicado y hace reconocer inmediatamente al animal." (2) La morsa se encuentra en nuestros dias más allá de las costas de la Florida, es decir, á mil millas de distancia."

No obstante no corresponder á los pueblos históricos del Valle, las pipas se encuentran con frecuencia en túmulos y escava-

(1) Pág. 208.

(2) Squier and Davis, loco cit. pág. 252.

ciones, asumiendo diferentes formas. De las que á la vista tenemos, una, proveniente de Oaxaca, de barro color de ocre oscuro, es casi idéntica á las modernas; la chimenea de gran tamaño y las dimensiones del tubo, indican que el tabaco se colocaba picado, y se aspiraba el humo chupando entre los labios. La sacada en las obras del desagüe de Tequixquiac, es de barro negro con barniz rojo; el corto diámetro de la chimenea demuestra, que las hojas de la planta se colocaban enrolladas como en el *acoyel*. La encontrada en Teotihuacan, parece corresponder á la misma clase. De procedencia desconocida son dos en pizarra; perfectamente trabajadas, formando grupos de hombres y pájaros fantásticos, tienen un tipo especial que no creemos pertenezca al de ninguna de las naciones históricas: la chimenea es estrecha, de manera que podría recibir más del extremo del rollo de las hojas; la parte del tubo termina en una cara plana, extensa, para no poderla meter en la boca, indicando que la punta de los labios se ponía en el agujero, y se aspiraba con fuerza el humo. La chimenea de una de ellas, no es cilíndrica, sino oval. El conocimiento y el uso del tabaco en la region central, corresponden á los tiempos prehistóricos remotos; la pipa es anterior, con mucho, al establecimiento en el Valle, de las naciones de raza nahua, y las diversas formas de las pipas acusan diferentes maneras de fumar; segun las hojas de la planta, se colocaban enteras y enrolladas, ó deshechas: modas sacadas por diversos pueblos, ó en tiempos apartados.

En el Museo Nacional se conservan diferentes tipos de pipas. Sacadas del rumbo de Aztecapotzalco, hay dos; la primera, de barro negro y barniz del mismo color, ofrece la chimenea en forma cilíndrica muy prolongada, mientras la segunda, de material idéntico á la del desagüe, es ancha en la parte media y más angosta á los extremos. Otras, pertenecientes al Valle, llevan la chimenea casi esférica, aunque con ciertas variaciones en los ejemplares. En general presentan pocos adornos, si bien se notan algunos fragmentos de barro blanco y fino, con decoraciones de rostros y dibujos de buen gusto.

Terminamos el capítulo segundo, deduciendo por las armas, y los instrumentos de piedra y de hueso de los pueblos salvajes actuales, cuáles debían ser las costumbres de las tribus prehistóricas colocadas en idénticas condiciones. El método allá adop-

tado, fué proceder de lo conocido á lo desconocido, de lo ménos á lo más remoto. Aplicando ahora el mismo principio, trataremos de encontrar cuáles eran las ideas dominantes del hombre antehistórico en nuestro país, manifestadas por las obras de su mano.

Nos parece evidente que la humanidad entera, sobre todo en tiempos de poca cultura industrial, dirige el esfuerzo de su trabajo, á las cosas que le parecen útiles, y de las cuales saca ciertos provechos en consonancia con su modo de ser. La repetición constante de la misma obra, demuestra que corresponde á una idea dominante en el constructor, á una preocupacion del entendimiento del pueblo, á quien pertenece, siguiendo un rumbo constante. Así las armas primeras y primitivas, muestras de la existencia del hombre sobre el globo, nos revelan el estado salvaje de las familias, su idea predominante de reduplicar sus fuerzas, su necesidad de combatir contra los grandes mamíferos de la época cuaternaria y contra el hombre mismo, y proveer á su subsistencia, dando muerte á los animales. De aquí en último análisis, la significacion dada á las armas de piedra bruta, de sílex no pulido, de las ideas de la guerra y de la caza. Este es el primer punto de partida conocido, que podemos señalar á los habitantes de México.

Pasando á los monumentos, repetidos por todas partes, guardando el mismo intento á través de ciertas modificaciones, como elementos indispensables en todas las comarcas, aparecen las pirámides y los túmulos. La pirámide consagrada á la divinidad, y por consiguiente expresion de la idea religiosa; el túmulo destinado á venerar los despojos mortales del jefe, manifestacion del estado social, del principio de autoridad. Ambas ideas corresponden á pueblos adelantados en civilizacion, enteramente ajenas bajo esta forma á las tribus salvajes. Entre el punto de partida y éste de comparacion, debe mediar un abismo; abismo de tiempo, abismo de vicisitudes sufridas por la humanidad y de tanteos desgraciados emprendidos por la inteligencia.

Para los tiempos del sílex no podemos conceder otra organizacion que la de la familia, y esta sí conocía el fuego. Su abrigo era el bosque, porque la tierra llana dejaba indefenso al hombre á la intemperie; el bosque era la guarida de los animales, y de aquí el estado constante de peligro y de temor del sér humano.

Viviendo de los frutos espontáneos de la tierra, cada familia había menester un gran espacio de terreno para subsistir; así, pues, no podía ser numerosa, y á medida que aumentaba tenía que fraccionarse, marchando el excedente en busca de localidad propia. El mando residía en el padre de la familia, como un embrión del principio de autoridad: el sentimiento religioso sólo era rudimentario, consistiendo en vagas aprehensiones, en la admiración ó el miedo dimanados de la vista de los fenómenos meteorológicos y naturales, en el presentimiento de lo desconocido: la guerra no pasaba los límites del duelo personal.

De las segregaciones consecutivas nacieron dos órdenes de hechos. Consistió el primero en esparcirse el género humano; irradiando del centro primitivo y de los centros subsecuentes. Cada grupo se apartaba definitivamente de la familia primordial, sin grandes lazos que romper al tiempo de la emigración, pronto se perdía la memoria de los unos para los otros; con el tiempo llegaban á ser completamente extraños, sin liga de ninguna especie; entregado cada uno á la contemplación de diversos objetos, sujetos á distinta alimentación, á otro género de vida, adquirían diversas costumbres, se formaban distintas creencias, y acababan por diferenciarse cual si nunca hubieran tenido punto alguno de contacto. El segundo orden de hechos tuvo lugar en la lengua, cuyas transformaciones debieron aún ser mayores. "El lenguaje de cada familia, dice Bagehot, (1) debió cambiar del de la familia de origen, á cabo de una ó dos generaciones. Como no había literatura escrita, ni comunicaciones verbales, la lengua de cada una debía transformarse, (la lengua de las comunidades de este género está siempre en transformación), siguiendo direcciones diferentes. La una estaba sometida á una serie de causas, de acontecimientos, de relaciones diversas de la otra. Bien pronto se produjeron diferencias importantes, y cuando se trata de hablar, lo que los filólogos llaman diferencia de dialecto, frecuentemente equivale á una diferencia real y completa de idioma: todo cambio seguido de pensamiento se hace imposible."— En aquella época embrionaria, los idiomas no estaban sujetos aún á la gramática, y el diccionario era muy mezquino; se concie-

(1) *Lois scientifiques du développement des nations* par W. Bagehot. Paris, 1873.

be que los cambios pudieron ser tales, que lenguas salidas del mismo tronco no llegaran á convenir en las palabras primitivas, ni en la gramática, ni en el diccionario.

Donde obraron causas excepcionales y los medios de alimentación fueron abundantes y permanentes, la familia pudo crecer en cierto límite. Los individuos formaron nuevas familias que permanecieron unidas, y del conjunto resultó la tribu. La mayor reunión de hombres debió traer una gran modificación en las ideas; el lenguaje era comun; la creencia religiosa se participaba en comun, acrecida con las observaciones individuales comunicadas á la comunidad; la autoridad se extendía á más amplia esfera de acción; la guerra, de personal, se hacía más ó menos colectiva. De entonces debe datar el pacto entre la religión y la autoridad, para prestarse mútuo auxilio. El jefe obligaba á los subordinados á acatar la creencia; ésta defendía al jefe con todo su poder. La fuerza se rechaza con la fuerza, y en aquellas tribus todavía salvajes, el poder del jefe podía ser contestado; pero si el mando se ejercía á nombre de la religión, ya estuviera fundada en el reconocimiento de uno ó de muchos dioses, ya sólo en preocupaciones ó augurios, la obediencia sería tranquila y el principio de autoridad podría fácilmente perpetuarse. Siempre que sobreviniera la colisión de dos tribus, vencería la más numerosa; en igualdad de número triunfaría la mejor armada en condiciones iguales, la más instruida, la mejor constituida socialmente. De dos tribus disputándose la misma comarca, la una debía ser exterminada, supuesto que el suelo no pudiera proveer á la subsistencia de entrambas. Se concibe cuán dilatado tiempo debió trascurrir para dar estos primeros pasos, siempre los más difíciles, y cuánta sangre debió derramarse, desapareciendo una tras otra multitud de tribus, sin dejar la menor huella sobre la haz de la tierra.

El orden de progreso que vamos señalando para el hombre primitivo no es de pura imaginación; le fundamos en el estado que guardaban los pueblos de Anáhuac al tiempo de la conquista española; en la organización encontrada por los misioneros en las distintas tribus salvajes. La secuela del progreso, como la vamos señalando, tampoco debe entenderse como cosa absolutamente fija; tomamos de la civilización los puntos más aparentes en el orden de su natural desarrollo, sin pretender por ello es-